

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

LA VERDAD DESNUDA

El ideal ha de ser considerado como inmediatamente práctico; considerarle como lejano equivale a declararle imposible. Aplácelo tan indefinidamente como quiera el burgués liberal; acepten los obreros republicanos las reformas que como cebo electoral les prometen los candidatos radicales, y verán como el tiempo pasa, la absorción capitalista crece, el número de trabajadores reemplazados por las máquinas aumenta, y el conflicto entre la miseria y la propiedad se agrava en vez de dar el menor paso hacia la realización del ideal.

(De EL PUEBLO, inédito por falta de editor.)

En la Casa del Pueblo se dogmatiza el oportunismo y el posibilismo; es decir, se enseñan al pueblo, como verdades indiscutibles y de fe, doctrinas dudosas y muy discutibles, poniendo la verdad y la justicia debajo de la oportunidad.

Un día es Lerroux, otro es el Dr. Antich; uno con el prestigio adquirido como tribuno popular, otro con el que le da el saber y su marifleteo deseo de popularizar la ciencia, quienes, ante la masa de crédulos obreros republicanos, enseñan que hay un ideal remoto, inasquible a la generación de turno y a muchas otras sucesivas, y otro práctico inmediatamente después de la proclamación de la república, dando ambos, como norma para distinguir lo práctico de lo impracticable, la posesión de la Gaceta.

En el número anterior de nuestro periódico, refiriéndome a las recientes manifestaciones de Lerroux en aquella casa, demostré con razonamientos y exposición de hechos que la república no garantiza la justicia ni la felicidad a nadie, y menos a los trabajadores; como que es opresión y tiranía, y no diré más, como dijo Pi y Margall, sino siempre, como demuestran las repúblicas históricas, las actuales y hasta las en preparación, a juzgar por sus preparativos. Hoy, respecto de Lerroux, me limito a tomar nota del argumento que el mismo me suministra con la fecha de que le hace víctima su otro yo, según cierto republicano con mala sombra que le proclamó el Clemenceau español: acogido a la hospitalidad republicana de Francia, el Clemenceau francés, importándole el derecho de gentes tanto como al sultán de Turquía, al emperador de Rusia ó al presidente de la Argentina, le impide residir en determinada parte del territorio, en espera de la ocasión de ponerle de patitas en la frontera, como hace cada día con los extranjeros que le molestan, del mismo modo que somete a las leyes escleróticas a sus compatriotas que toman en serio la inmanencia del propio derecho.

Lerroux ha declarado que si no está muy versado en la ciencia de los libros, es ducho en la ciencia de la vida; bueno será que aproveche esa lección práctica, y mejor que la aprovechen los trabajadores que contra viento y marea se resignan a ser sus electores y a esperar las tristes decepciones que se ocultan tras las halagüeñas esperanzas.

La verdad es que lo que es cierto, positivo y demostrado se sabe hasta dónde llega, porque se ve, se palpa; pero es imposible conocer con antelación el límite de lo posible en las relaciones humanas, porque para conocerle sería necesario tener la medida exacta de la extensión y el arraigo del atavismo y de las preocupaciones de la masa humana ó de la porción de esa masa recluida en las fronteras de una nacionalidad, lo mismo que la fuerza de impulso progresivo que haya recibido esa masa en determinado momento de la ley de evolución, todo ello combinado con las influencias del medio; y eso es tan complejo, se halla tan lejos de nuestra posibilidad de observación y de cálculo, que por grandes que sean los conocimientos de un hombre en ciencia y en historia resultan absolutamente insuficientes y, por tanto, lo ignoran Lerroux, el Dr. Antich lo mismo que aquel auditorio que estremecía el edificio con el estruendo de la ovación. Si, como suele decirse, cada hombre es un mundo, la humanidad es una vía láctea.

Sucedo generalmente que los que se constituyen en unidades a la derecha de tal ó cual hileras de cerros, poniéndose los galones de capitán, de comandante, de coronel ó de general, según el número de calvos ó cerros a la izquierda que le sigan, como Lerroux en Santander ratificado en Barcelona, ó los que se presentan ante la entidad pueblo desheredado y eterno menor a dar la limosna del saber adquirido por medio del privilegio, vienen, como el doctor Antich, sea dicho sin ofensa aunque con ruda franqueza, no con el carácter de igules en la esencialidad fundamental del derecho, sino como superiores benévolos que mejoran ó pretenden mejorar caritativamente la suerte de los desgraciados, y en lugar de desintegrar la masa para elevar unidades a las grandezas del poder individual, que es lo necesario, lo justo, lo verdadero, lo radical, lo eternamente oportuno, viendo los errores y las injusticias de la Sociedad y del Estado por el cristal de sus preocupaciones, presentan una visión gacetable, y, como tal, mezquina, pobre, antiestética y, lo que es peor, utópica, porque ya sabe todo el mundo que la solución radical del problema planteado en nuestros días no sabe en la Gaceta, resultando ese radicalismo

forjado a última hora un radicalismo burgués, defensor de los intereses creados ó de lo que se llama los derechos adquiridos, que es lo mismo que si se quisieran destruir los efectos dejando subsistentes las causas. En tratándose de expropiar a los usurpadores legales, surge siempre la idea de la indemnización, y el más furibundo revolucionario político recurre a la evolución como alcahuete recurso de aplazamiento indefinido. ¿Quién pensó jamás en indemnizar a esclavos, siervos y jornaleros?

El Dr. Antich ha dicho: «El trabajo positivo siempre es noble.» ¿Cuánto más valor hubiera tenido esa afirmación si, después de protestar contra la maldición bíblica que le ha infamado siempre, le hubiera presentado odiosamente esclavizado, como se halla por los propietarios por efecto del derecho de sucesión de que disfrutaban!

Ha dicho además: «El capital muchas veces es noble también», lo que indica que muchas otras no lo es. ¿Cuánto mayor mérito hubiera tenido esa excepción si, después de exponer, como expuso, que el individuo que se distingue por su trabajo tiene legítimo derecho al capital por ese medio obtenido, hubiera negado el derecho de herencia, que da la riqueza obtenida por el testador con su trabajo y con el de los trabajadores explotados a un heredero que nace ya con la categoría de rico, usurpador y explotador! ¿Cuán bello, racional y científico hubiera sido reivindicar el derecho de todos al patrimonio universal, oponiéndose al dualismo que introdujo en el mundo el derecho romano con el hombre-persona y el hombre-cosa!

Ha añadido: «Sueño con los pueblos del porvenir, con una humanidad absolutamente libre...» Mejor hubiera sido que, en vez de soñar, recordando, como científico que es, que la ciencia sabe por experiencia ó por inducción y deducción racionales pero que no sueña jamás, hubiera callado, prescindiendo de sueños, no suscitando asuntos sociológicos insuficientemente estudiados y expuestos al error, y no hubiera dado nociones incompletas y ocasionadas a juicios falsos a aquellos trabajadores explotados y oprimidos, que sueñan con redentores porque no saben ni se les enseña a redimirse por sí mismos.

A Lerroux todo le está bien, porque es político y como tal gobierna ya como jefe de partido y aspira a gobernar como revolucionario triunfante, y ya se sabe que sólo hay dos maneras de gobernar en el mundo: por la fuerza y por la farsa.

Al Dr. Antich, tan competente en medicina, no le está bien salirse de la especialidad de su competencia: harlo sabe que cuando la observación, el estudio y a veces la casualidad descubren una verdad que destruye principios, sistemas, métodos, arrolla academias, universidades, títulos, diplomas y grandes intereses, no hay oportunismo; ni posibilismo, ni declamaciones que la detengan, sino que surge, brilla, se impone y no queda al mundo más remedio que acatarla y admirarla.

¿Qué mejores ejemplos! Arraigadísimo estaba el error geocéntrico cuando se anunció el movimiento de la Tierra alrededor del Sol; por inoportuno condenó la Inquisición a Galileo; pero éste de un puntapié mandó el posibilismo a paseo exclamando: *E pur si muove*. Después, la lista de verdades demostradas, tenidas antes por imposibles ó inoportunas, que han impulsado al mundo por la vía del progreso, es ya infinita.

Más que inoportuno pareció insensato Colón a la junta de sabios de Salamanca: «¿Dónde iba aquel pelagatos, hijo de un cardador de lana, que sostenía que hay antípodas, como si fuera posible que por la parte opuesta de nuestro suelo hubiera hombres cabeza abajo y patas arriba? Y ya sabemos cuán lucidos quedaron aquellos doctores posibilistas ante el descubrimiento de América.

Ténganlo presente los obreros republicanos de la Casa del Pueblo, y si éstos no, por haber hecho donación de su entendimiento y de su voluntad, considerenlo los demás trabajadores que conservan libre su ser moral: cada uno es y ha de ser una personalidad objeto y sujeto del derecho absoluto, que nace con el individuo y se consolida y vigoriza por la sociedad, y cuanto de esto se aparte en poco ó en mucho, quien quiera que sea su desviador, es antiprogresivo y malo, ahora y siempre, sin posibilismos ni oportunismos que lo atenden. Por eso un artista de genio simbolizó la verdad en una hermosa doncella desnuda sin una mala hoja de parra oportunista.

ANSIMO LORENZO

CRÓNICA

La gran infamia

Es una de las mayores hecatombes que registra la historia de las reivindicaciones proletarias. Ante hechos de tal naturaleza, ante salvajadas de tan enorme calibre, debieran holgar las palabras y terminar para siempre las tontas y continuas amenazas que hacen de nuestra dignidad un pingajo y de nuestro ser un polichinela. Y es en vano que protestemos; en vano será cuanto hagamos si persistimos en este torpe legalismo que obstruye nuestra marcha hacia el progreso y ahoga en germen nuestros anhelos de pronta regeneración y nuestras nobilísimas ansias de pelea.

No ha terminado aún la larga serie de iniquidades que va diezmando paulatinamente nuestras filas. Pasó Chicago, pasó Montjuich, pasó Alcalá del Valle, pasaron aquellos horrores, pero la tierra quedó encharcada en sangre, infamante vestigio de una tiranía bárbaramente cruel. Pasó el espectro maldito de los agarrotamientos y las torturas, pero quedó el espionaje, la deportación, el fusilamiento, como prueba concluyente de la civilización actual.

Ese general Silva Renard que, al frente de las tropas chilenas, ha cañoneado a los huelguistas en Iquique, no puede llamarse hombre. Eso es una hiena; peor, un chacal. La metralla que lanzó sobre la masa huelguista habrá de trocarse en acero que traspase sus entrañas de fiera repugnante. La animalidad humana parece haber elegido su representante en ese general chileno, prototipo del ser degenerado. No cabe tampoco mayor cinismo que el demostrado por ese gobierno republicano de Chile, aprobando sin escrúpulos la matanza inicua, la gran infamia que remata dignamente el aluvión de tropelías gubernamentales que se ha desatado contra nosotros.

Esto es intolerable, trabajadores. No nos resignemos a perecer aplastados por la hidra burguesa. Luchemos todos juntos para terminar con esa racha de asesinatos que amenaza sepultarnos. Ahí están, para atestiguarlo, la reacción imperante en Portugal, el absolutismo feroz del czar de Rusia, los fusilamientos de Narbana, las infamias de la república mejicana, la represión en la Argentina, la represión aquí, en España...; mil y mil barbaridades más que acabarían con nosotros si nos dejáramos.

Avancemos, pues, y fundiéndonos todos en un abrazo de conciliación, afrontemos la tempestad, llevando por guía el lema que, tarde ó temprano, ha de darnos el triunfo: Agitación, agitación y agitación.

LUIS M. MOCOROA

Madrid, marzo 1908.

Nuestra opinión

Maura ha llegado a Barcelona, y con motivo del viaje ha habido opiniones para todos los gustos. Unos han aplaudido el gallardo arranque del presidente del Consejo de ministros y han ensalzado las arrogancias del célebre mallorquín; otros han puesto a éste de oro y azul y le han presentado como el mayor jesuita del reino y como el más funesto de los políticos actuales; otros no han dicho ni fú ni fa y han preferido cerrar la boca para evitar moscas importunas.

Las tres tendencias, la reaccionaria, la liberal y la indiferente, se han mostrado una vez más en el campo de las opiniones sociales. «Bueno... y ustedes, ¿qué piensan del viaje de Maura?»—nos preguntarán algunos—y si no lo preguntan, nosotros damos por hecha la pregunta...

Pues nosotros... ¡verán ustedes lo que pensamos nosotros!

A nosotros nos tiene completamente sin cuidado que Maura haya venido a esta ciudad, ni que se vaya dentro de tres días, ni que permanezca aquí todo lo que le quede de vida, sencillamente porque nosotros no tenemos combinaciones políticas que arreglar, ni pretendemos reanimar fáciles entusiasmos, ni queremos tampoco echar en el asador de la indignación, en un momento, la carne que tantos otros han tenido por años en conserva.

Nosotros odiamos a Maura estando en Madrid, residiendo aquí en Barcelona ó si se fue al Torkín a establecer una «Academia de frases».

Y lo odiamos por reaccionario, y lo combatimos por enemigo del pueblo, y nos indignamos contra él siempre, siempre, siempre, por la obra liberticida que está llevando a cabo contra el espíritu liberal y progresivo de España.

Pero nuestro odio es constante, es permanente, es un odio de convencidos, no un odio inspirado en la ocasión y alentado por atropellos más ó menos oportunos.

Si nosotros odiamos a todos los políticos (como tales políticos, no como hombres), ¿no hemos de sentir repulsión hacia Maura, el más reaccionario de todos ellos y el más funesto de todos juntos?

Nosotros nos sabemos de memoria la obra de Maura.

Las cárceles españolas están abarrotadas de compañeros nuestros, sólo por el delito de pensar libremente; en Ceuta tenemos una víctima de Maura, el compañero Artal; por culpa de Maura han sido asaltados los hogares de los trabajadores barceloneses; bajo su mando han sufrido innumerables denuncias y secuestros nuestras publicaciones; por instigación de Maura se ven privados de libertad en la Bastilla Catalana actualmente queridos compañeros nuestros, y bajo la amenaza de Maura pelagra nuestro trabajo, nuestra libertad, el vivir con nuestras compañeras y nuestros hijos en el modesto hogar que hemos creado con nuestro cariño.

¿Nos podrá alguien aventajar en odio a Maura?

Lo que nosotros no hacemos es indignarnos a plazo fijo, ni sacar la caja de los truenos a destiempo, ni lagrimear porque nos prendan ahora; conociendo, como conocemos, el camino de la cárcel, donde hemos ido muchas veces, atados codo con codo, é aherrojados con las manillas en la muñeca...

Pero... ¿de Maura, qué?... ¡Pues ya le hemos dicho!

Nosotros, curados ya de espanto, somos filósosofos hasta en el sufrimiento... Maura para nosotros, nada.

Hay muchos Mauras a quienes odiar y a quienes combatir...

LA MATANZA DE IQUIQUE

La huelga de los obreros salitreros.—El motivo del movimiento.—Los huelguistas en Iquique.—El día 21 de diciembre.—1.500 soldados y dos ametralladoras.—Intimidación a los huelguistas.—Deseargas de fusilería.—El general de las fuerzas herido.—Los huelguistas cañoneados.—Otras barbaridades.—Una hoja-protesta.

La primera noticia de esta horrorosa matanza nos la dió el telégrafo, refiriéndonos con su acostumbrada laconicidad, la tragedia desarrollada en la ciudad de Iquique (Chile).

Fue con motivo de la huelga de obreros salitreros, los cuales pedían, entre otras varias cosas, aumento de sueldo, disminución de horas de trabajo y cesión de locales para fundar escuelas nocturnas para obreros.

A tan justas peticiones los patronos se negaron a acceder, originando el inevitable disgusto de los trabajadores y la consiguiente proclamación de la huelga.

En esta tenitura las cosas, los huelguistas comenzaron a llegar a la ciudad de Iquique, procedentes de las pampas salitreras. Hicieron irrupción en la ciudad adoptando una actitud sobradamente pacífica, sembrando, sin embargo, una alarma considerable entre los burgueses y las autoridades. Estas, por su parte, les cedieron para sus reuniones un amplio local, situado en la plaza de Santa María.

A los pocos días, Iquique albergaba a más de 12.000 obreros salitreros, en tanto que todos los días llegaban nuevas caravanas que venían a aumentar el número de los huelguistas.

El 20 de diciembre corrió el rumor de que en Buenaventura las tropas habían disparado sobre los huelguistas, hiriendo a 13 y matando a 9. Esta noticia acabó de soliviantar los ánimos, bastante exaltados ya a consecuencia de lo infructuoso de las gestiones que se venían haciendo para finalizar la huelga.

Y llegó el día de la tragedia. Los obreros, como de costumbre, reuniéronse en el local de la Escuela de Santa María. Allí, entre discursos y excitaciones para continuar la huelga, protestó energicamente contra la barbarie de las tropas, asesinando el día anterior en Buenaventura a multitud de compañeros.

Cuando el mitin se hallaba en su período álgido, formaron en la plaza donde se halla la Escuela 1.500 soldados con dos ametralladoras, a las órdenes del general Silva Renard, el cual dirigió a las tropas una arenga militarista y patriótica, excitándolas a cumplir con su deber.

Seguidamente, y acompañado de los demás jefes y oficiales, se adelantó hacia la Escuela y exigió de los huelguistas el abandono inmediato del local. Negáronse éstos y el general, dirigiéndose amenazador a los individuos del Comité de la huelga que se hallaban en la azotea, gritó: «¡Si no se retiran, ordeno fuegos!»

El Comité no quiso acceder a las exigencias del general, el cual mandó avanzar un piquete de la marinería y otro del regimiento de O Higgins, que efectuaron una descarga cerrada contra los huelguistas que aomaban por las ventanas y puertas de la Escuela y que, en gran número, hallábanse apostados al frente de ella.

Según se dice, los huelguistas respondieron a tiros, hiriendo al general Silva Renard en el costado y pierna izquierda, matándole el caballo y dejando fuera de combate a varios soldados.